TEXTUX ET COMMENTARII

ISRAEL JUZGADO EN EL EVANGELIO

por P. ALBERTO COLUNGA, O. P.

El destino de Israel es uno de los grandes misterios de la Providencia Divina. No por méritos que tuviera, sino, por puro amor de Dios, fue elegido en sus padres, entre todos los pueblos de la tierra para preparar los caminos del Mesías, del Salvador del mundo. En atención a este sublime destino, Dios le dio aquella Ley, que, al decir de Moisés en el Deuteronomio, es la gran sabiduría, que le distingue entre los pueblos más celebrados de la tierra por su cultura (4, 6). Por la misma razón, mediante el ministerio de los Profetas, se constituyó el Señor maestro y guía, o como dirá un personaje, que sentía bien esta gracia, «en su carro y su auriga» (II Reg. 2, 12; 13, 14). De aquí nacen aquellas expresiones de la Escritura, que muestran la predilección de Dios por Israel, aquel llamarle su hijo primogénito entre todos los pueblos de la tierra, su niño mimado, su heredad, su posesión. De aquí aquellas expresiones verdaderamente maternales, que leemos en Jeremías: «¿No es Efraim mi hijo predilecto, mi niño mimado? Porque cuantas veces trato de amenazarle, me enternece su memoria, se conmueven mis entrañas y no puedo menos de compadecerme de él» (31, 20).

Sin embargo, Israel no supo corresponder a la bondadosa conducta de Yahvé, su Dios, el cual llega hasta declarar roto el pacto concertado con Israel en el Sinaí, siendo mediador de él Moisés (Jer. 31, 31). Mas, porque las promesas de Dios son sin arrepentimiento (Rom. 11, 29), pues El no se arrepiente jamás de lo que una vez prometió, por eso, al declarar roto el antiguo pacto, anuncia otro más excelente y ventajoso, que escribirá, no en tablas de piedra, sino en las tablas del corazón en virtud del cual Yahvé «será su Dios y ellos serán su pueblo». No será entonces necesario que unos a otros se instruyan y exhorten sobre el conocimiento de Yahvé, «porque todos me conocerán, desde los pequeños hasta los grandes» (Jer. 31, 33).

«Salmanticensis», 8 (1961).

Universidad Pontificia de Salamanca

Desde el principio, Israel se mostró el pueblo rebelde, de dura cerviz (Ex. 32, 9; 33, 3; 34, 9; Deut. 9, 6, 13; 31, 17), el cual no se amolda al yugo de la Ley, que el Señor le había impuesto y que venía a constituir las condiciones del pacto celebrado con Yahvé. Las páginas de los Profetas están llenas de reprensiones, de quejas, de amenazas, a causa de las rebeldías de Israel contra la Ley de Yahvé, y a causa del olvido de su Dios para sustituirlo por los ídolos de los pueblos vecinos. Son contadas las páginas, en que los autores sagrados hablan de otra manera, y ponderan la piedad de Israel, la observancia de la Ley divina, la conciencia de que el pueblo se da cuenta de su soberana misión. La consecuencia que uno se ve tentado a sacar de tantas páginas, en que se pinta la prevaricación de Israel (II Par. 36), sería que Yahvé se ha equivocado en la elección hecha de Israel como instrumento para preparar los caminos del Mesías.

Las promesas divinas van dirigidas al Israel histórico y por tanto en él parece que se han de cumplir. Y en efecto, tales eran los sentimientos de aquellas almas escogidas, a quien primero fueron comunicados los misterios del Mesías. La Virgen María dice en su cántico:

> «Acogió a Israel su siervo,
> acordándose de su misericordia,
> según lo que había prometido a nuestros padres,
> a Abraham y a su descendencia por siempre»
>
> (Lc. 1, 54).

En el mismo tono habla el padre del Precursor:

> «Bendito el Señor, Dios de Ierael,
> porque ha visitado y redimido a su pueblo,
> ....
> para hacer misericordia con nuestros Padres
> y acordarse de su alianza santa,
> del juramento, que juró a Abraham, nuestro padre»
>
> (Lc. 1, 65, 72).

Estas palabras son cierto verdaderas, pero su auténtico sentido nos da motivo para inquirir sobre el hecho del nacimiento del Mesías en Belén, por qué fue anunciado a los pastores y no a las autoridades de la nación, que tan cerca se hallaban, en Jerusalén. Nos confirma en el mismo pensamiento el triste presagio del anciano Simeón a la Madre del Niño, el cual sería blanco de contradicción, para que se revelen los sentimientos de muchos en Israel (Lc. 2, 34).

Cuánto se extenderá este triste presagio, nos lo irá revelando la his-

Universidad Pontificia de Salamanca

toria del Salvador. Y primeramente se nos ofrece un hecho singular, que no puede menos de llamar la atención de los lectores del Evangelio. Cuando el año de la muerte del Rey de Judá, Ozías (738), fue llamado Isaías al ministerio profético recibió este extraño encargo: «Ve y dí a ese pueblo: Oid y no entendáis: ved y no conozcáis. Endurece el corazón de ese pueblo, tapa sus oídos, ciega sus ojos. Que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni entienda su corazón y no sea curado de nuevo» (6, 9 s.). Semejantes palabras se hallan puestas en los labios de Yahvé mismo, el cual, usando una atrevida figura retórica, expresa cómo su propósito, al enviar al Profeta, no es lo que está muy lejos de querer, sino lo que prevée que será el resultado de la misión profética, dado el estado en que el pueblo se halla. Es como si dijera a su profeta: Vete y háblales: ¿que no quieren hacerte caso?, ¿que tu palabra va a resultar contraproducente?, ¿que se van a radicar más en el mal? Pues sea como ellos quieran. Ya verán el fin.

Pues este pasaje lo hallamos citado nada menos que cinco veces en el Nuevo Testamento, tres en los Sinópticos a propósito de las llamadas parábolas del Reino (Mt. 13, 14 s.; Mc. 4, 12; Lc. 8, 10), otra en San Juan a propósito de los milagros del Señor, los cuales, en vez de abrir los ojos de los judíos, se los cerraban más (12, 40), y otra vez por San Pablo, cuando, en la prisión doméstica de Roma, trataba de persuadir a los judíos la verdad del Evangelio, que ellos resistían (Act. 28, 26). Tales citas significan que, a juicio de los Apóstoles, el estado del pueblo judío con respecto a la palabra de Jesús era el mismo que el de Judá, con respecto a la palabra del Profeta. Por el camino, que llevaban, estaban perdidos y sin remedio.

Esto nos dicen aquellas fatídicas palabras de Jesús, pronunciadas en Jerusalén al fin de su carrera apostólica: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en los tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices en la sangre de los profetas. Y con esto os dáis por hijos de los que mataron a los profetas. Colmad pues la medida de vuestros padres... Por esto os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis, y los crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Beraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reune sus polluelos, y no quisiste! Vuestra casa quedará desierta, porque en verdad os digo, que no me veréis más hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (Mt. 23, 37-39). El Templo no es ya la casa del

Universidad Pontificia de Salamanca

Padre Celestial, sino la de los judíos, que la han convertido en una cueva de ladrones.

A estos voticinios corresponden los que nos ha conservado San Lucas. El primero del día de Ramos que arrancó lágrimas al Salvador en medio de la exaltación popular de aquel día (19, 41 ss.). El segundo es el dirigido a las piadosas mujeres que lloraban la condenación del Señor y le acompañaban con sus lágrimas camino del Calvario (23, 28 ss.). En éstos oráculos, más claramente que en el citado anteriormente de San Mateo, se predica la ruina del pueblo judío y el fin de su dignidad de pueblo escogido, de pueblo de Dios. Esto último resulta bien claro en la parábola de los viñadores. Esta parábola nos ofrece en otra forma literaria lo mismo que el apóstrofe de San Mateo, pues concluye con estas significativas palabras: «Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos» (Mt. 21, 43). Oyendo esto, dijeron: «No lo quiera Dios» (Lc. 20, 16). Pero Dios lo quería, puesto que su Hijo era quien lo aseguraba.

Pero tanto los profetas como Jesucristo hablan del *pueblo*, es decir, de la colectividad, en la cual, es ordinario que se hagan más sentir los crímenes clamorosos de los malvados, que las virtudes calladas de los justos. En el Antiguo Testamento, había perseguidores impíos, pero había también justos perseguidos. Si los crímenes de los primeros clamaban al cielo pidiendo venganza, las oraciones de los segundos pedían perdón. El mismo Jesucristo nos habla de los profetas y reyes que habían deseado ver su día (Lc. 10, 24). Y entre los moradores de Judá, Jesús sabía distinguir bien los directores de la nación y los dirigidos de la misma. Los apóstrofes duros son para los primeros, para los otros las palabras suaves y los milagros. Pero, al fin, éstos se dejaron llevar por aquéllos y se vino a cumplir la sentencia de que «si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la hoya» (Mt. 15, 14).

En los Apóstoles, que fueron testigos de esta caída, resalta más este juicio sobre los dos aspectos de Israel. San Pablo, hablando del gran misterio de la justificación por la fe, nos lo muestra realizado en Abraham y expresado en aquellas palabras: «Creyó Abraham a Dios y le fue computado a justicia». Es decir, la fe que prestó a la palabra de Dios, fue tan grata al Señor que se la computó como una obra santa, justa. Pero todavía es más singular lo que se nos dice en Hebreos 11, 1 ss., de la misma fe, por la cual los antiguos adquirieron gran renombre. El Eclesiástico nos ofrece el elogio de los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento; el autor de la epístola concreta más y ve la raíz de sus méritos en la fe, que los guiaba durante su vida, particularmente la fe en los destinos mesiánicos de Israel y la concurrencia de sus propias obras a tan altos destinos. Verdad que murieron sin ver realizadas las promesas divinas, «pero las vieron de

Universidad Pontificia de Salamanca

lejos, y saludaron, confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra. Los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria... Por eso, Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad» (11, 13 ss.). No es de maravillar, según esto, que los profetas reprendan sobre todo en Israel la falta de fe en su Dios cuando acuden a las potencias humanas para defenderse de los enemigos, en vez de recurrir a la ayuda de Yahvé, su Dios, que les había prometido su perpetua asistencia. Ejemplo de lo dicho lo tenemos en Isaías, ofreciendo a Ajaz hasta un milagro para defender a Jerusalén y respondiéndole hipócritamente el rey que no quería tentar a Dios, le increpa el profeta, diciendo: «Oye, pues, casa de David. Os es poco todavía molestar a los hombres, que molestáis también a mi Dios?» (7, 12 s.). Y en trance todavía más apurado, el mismo profeta reprende a los que corrieron a Egipto en demanda de ayuda contra las fuerzas de Asiria: «¡Ay de los que bajan a Egipto en busca de socorro y confían en los caballos, y en la muchedumbre de carros ponen su esperanza y en el número de los jinetes: pero no miran al Santo de Israel y no buscan a Yahvé!... El egipcio es un hombre, no es un dios, y sus caballos son carne, no son espíritu» (31, 1 ss.).

En la epístola a los Gálatas estudia el Apóstol la economía del Antiguo y del Nuevo Testamento, la primera de servidumbre a la ley, la segunda de libertad del Espíritu. Esto se halla figurado por aquellas dos esposas de Abraham: la primera, la esclava Agar, de la que nació Ismael, y la segunda Sara, la madre de Isaac, el heredero de las promesas hechas por Dios a su padre. En la primera está figurada la Jerusalén de aquí abajo, sujeta a la servidumbre de la Ley; en la segunda la Jerusalén de arriba, la madre de los cristianos, a quienes Cristo hizo libres de la Ley y del pecado (4, 2, 5 ss.).

Con esto San Pablo muestra su juicio peyorativo sobre la conducta de los judaizantes y de los judíos, que no sabían desprenderse de la Ley, antes la consideraban necesaria para alcanzar la salud, como si la obra del Hijo de Dios no bastara para ello. Pero este juicio no se extiende a la vida antigua de Israel. Para éste la Ley era como el ayo, que colocaba a Israel en una posición muy superior a la de los pueblos gentiles, no obstante su gran cultura y sabiduría (Rom. 3, 1). Todavía más. Es verdad que Israel, aferrado a este privilegio que Dios le había otorgado, no supo desprenderse de él para recibir otro infinitamente mayor; pero Dios supo aprovecharse de esta actitud para llamar a los gentiles y formar con ellos un nuevo pueblo, desligado de las formas de la Ley y de las instituciones emanadas de ella. Humanamente hablando hubiera sido difícil organizar el nuevo pueblo, nacido del Calvario, sin que se dejara sentir la influencia pesada del judaísmo. La epístola a los Hebreos, dirigida a los hijos de Israel, convertidos a la nueva fe, nos muestra cómo sentían la influencia de la sun-

Universidad Pontificia de Salamanca

tuosidad del Templo y de la liturgia que en él se celebraba. Pero cuando todo esto desapareció, cesó la influencia y la Iglesia, libre ya del peso de la Ley, pudo lanzarse a la conquista del mundo gentil, y organizarse según el espíritu del Evangelio.

Pero el Apóstol amaba mucho a su pueblo, por quien estaba dispuesto a ser anatema por ganarlos para Cristo, y él no puede concebir que la historia de Israel se concluya con la desolación de la guerra del setenta. Jesús había dicho que un día Israel le aclamaría, gritando: «Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mt. 23, 39; 21, 9). Es que las promesas del Señor son sin arrepentimiento (Rom. 11, 29), y en los voticinios de los profetas los hay de amenaza ordenados a retraer al pueblo de su mala vida y volverle a los caminos de Dios. En éstos puede haber arrepentimiento de parte de Dios, cuando el pueblo hace penitencia o algún amigo de Dios interviene con más éxito que la intervención de Abraham a favor de Sodoma. Pero hay en los profetas, vaticinios que Santo Tomás llama de predestinación, los cuales nacen de la misericordia de Dios y en ella se fundan, sin tener en cuenta las miserias de los hombres, sino para remediarlas. En esta categoría entran los vaticinios mesiánicos, gran manifestación del amor de Dios al mundo, a quien dio a su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El alcance la vida eterna. Pues en esta categoría coloca el Apóstol el oráculo o la promesa de la vocación mesiánica de Israel, la cual tendrá su cumplimiento cuando se haya realizado la plenitud de los gentiles, en la medida que Dios tiene dispuesto. Entonces tendrán lugar aquellas palabras del Apóstol: «Pero pregunto: ¿Han tropezado (los judíos) de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues, gracias a su trangresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarles a emulación. Y si su caída(es decir, su incredulidad) es la riqueza del mundo (gentil) y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuántos más lo será su plenitud! (la entrada de todo Israel en la fe). En suma, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: Que el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrara la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo». Gran misterio éste de la Providencia divina, y no es de extrañar la conclusión del Apóstol, que tan hondamente lo sentía: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom. 11, 1 ss.).

El Evangelista San Juan, acaso por haber escrito al fin del siglo, cuando la predicción del Señor sobre Jerusalén estaba ya consumada, suele hablar de los «judíos» en un sentido peyorativo. Sin embargo, en el Apocalipsis es otro su lenguaje. Primeramente, en visión, en la que se ofrecieron a su vista «aquellos que vienen de la gran tribulación, que lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero», cuenta en cada

Universidad Pontificia de Salamanca

tribu 12.000 y suma en total 144.000. Con estas cifras, sin duda simbólicas, responde el profeta a la pregunta que se le pudiera hacer, como se la hacía a *sí mismo* San Pablo: «*¿Pero, es que Dios ha rechazado a su pueblo?* No, cierto. Que yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. O es que *no sabéis lo que en Elías dice la Escritura, cómo ante Dios acusa* a Israel: "Señor, han dado muerte a los profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo sólo, y aún atentan contra mi vida. Pero, ¿qué le contesta el *oráculo divino? Me he reservado siete mil varones que no han doblado* su rodilla ante Baal. Pues así también, en el presente tiempo, ha quedado un resto en virtud de una elección graciosa"» (Rom. 11, 1-6). Si en los tiempos del profeta Elías, cuando, en el reino del Norte, parecía que la religión de Yahvé había desaparecido ante el culto del Baal fenicio, aún quedaban muchos miles de israelitas que, si no en público, en el secreto de su corazón se mantenían fieles a Yahvé, el Dios de sus padres, también en los tiempos nuevos, el Señor se había reservado muchas almas, que habían abrazado con sinceridad la fe del Mesías crucificado y que por encima de la gloria de Israel ponían a Dios. La visión de los dos testigos del Apocalipsis, que resumen la historia del Antiguo Testamento parece inspirada en aquel apóstrofe de Jesús: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas». El profeta recibe la orden de medir el Templo y dejar fuera la parte exterior, porque será entregada en poder de las gentes, que la profanarán durante cuarenta y dos meses. El profeta habla un lenguaje simbólico. Esta parte exterior del Templo representa a aquella porción del pueblo israelita, en cuyo corazón no habitaba el Señor Yahvé, la misma que con su Templo material fue asolada, y asolada quedará durante los tres años y medio. Aquí está el término de la historia de Israel, descendiente de Abraham según la carne, pero no según el espíritu. A éstos y a los demás envió Dios sus dos testigos, Moisés y Elías, los representantes de la Ley y del profetismo, los mismos que se aparecieron en la transfiguración del Señor. Estos vienen a dar testimonio de Yahvé durante la media semana de años, que dura la historia del Antiguo Testamento. Y aquellas bestias, encarnación del espíritu del mal, que harán la guerra a Jesús y a los suyos, se levantan también contra estos dos y «los vencen y les quitarán la vida».

Y *no habrá quien los honre con digna sepultura*: «Su cuerpo yacerá en la plaza de la gran ciudad, que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, en donde su Señor fue crucificado». Como el día de Viernes Santo los judíos celebraban su triunfo sobre Jesús, así los moradores de la tierra se alegraron y felicitaron unos a otros de que hayan desaparecido aquellos dos, que eran su tormento. Hasta que llega el momento del triunfo

Universidad Pontificia de Salamanca

de los dos testigos, porque los que luchan por la causa de Dios al fin salen vencedores.

Tal es el aspecto triste en la historia de Israel. Pero hay otro alegre, en el cual el profeta del Nuevo Testamento insiste más, como en la verdadera glorificación de la historia israelita. La ciudad de Jerusalén, la ciudad santificada por la presencia de Yahvé en el Templo, la que los profetas nos presentan como la capital, no sólo del reino de Judá, sino del futuro reino mesiánico, nuestro profeta la vio que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa, que se engala para su esposo. Y el profeta oyó una voz que decía: «He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, que serán su pueblo». Un ángel se ofrece a mostrar al profeta las maravillas de la ciudad que aparecía envuelta en la gloria de Dios. Era su brillo semejante a la piedra más preciosa, como el jaspe pulimentado. Está sentada sobre una alta montaña, y su forma es cuadrada. Doce mil estadios mide cada uno de sus lados y otro tanto la altura de la montaña en que se asienta. Tiene doce puertas, tres en cada lado, que llevan los nombres de las tribus de Israel. La altura de sus muros no es menor de ciento cuarenta y cuatro codos. Los bloques de que están fabricadas son de piedras preciosas, distribuídas en doce hiladas, cada una de las cuales lleva el nombre de uno de los Apóstoles del Cordero. Sus puertas son otras tantas perlas, y no se cierran ni de día ni de noche, porque allí no hay temores de guerra, ni de mal alguno. La plaza de esta ciudad es de oro purísimo. No hay en ella sol ni luna, porque la caridad de Dios y del Cordero la ilumina haciendo un día continuo. Tampoco hay en ella Templo, porque allí Dios mora en medio de sus santos. Del trono mismo de Dios brota un río, que corre por la ciudad y a sus orillas hay árboles, que dan cada mes fruta diferente, y hasta sus hojas son saludables. «No habrá allí maldición alguna y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y los siervos de Dios reinarán allí por los siglos de los siglos». No podía darse mayor glorificación de aquella ciudad, que antes vimos tenía por nombre Sodoma y Egipto.

La vieja ciudad jebusea, que los textos históricos más antiguos llaman Urusalimu, donde tantos crímenes se cometieron y donde se perpetró el más grave de todos, la crucifixión del Mesías e Hijo de Dios, recibe aquí la mayor glorificación que pudiera recibir, viniendo a ser, con toda verdad, LA CIUDAD DEL GRAN REY (Mt. 5, 35), la que recibiera el nombre que le dio el profeta: «Yahvé en ella» (Ez. 48, 35).

Universidad Pontificia de Salamanca